

**Francisco Javier Domínguez Burrieza y María Victoria Alonso Cabezas (coords.): *Artistas y progreso: los retos del arte en la sociedad del siglo XIX*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2023, 378 pp.**

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/) / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/)  
DOI: <https://doi.org/10.24197/bsaaa.90.2024.389-391>

En noviembre de 2021 se celebró en Valladolid la reunión científica internacional *Artista y sociedad en el siglo XIX*, organizada por el Grupo de Investigación Reconocido IDINTAR: “Identidad e intercambios artísticos. De la Edad Media al mundo contemporáneo” de la Universidad de Valladolid. El encuentro congregó a investigadores de diversos campos con el objetivo común de contribuir a reformular y replantear la manera en que se ha estudiado hasta el momento el arte producido durante el siglo XIX. Francisco Javier Domínguez Burrieza y María Victoria Alonso Cabezas, coordinadores del evento, reúnen en este libro varias de las contribuciones presentadas por los participantes en el debate, que, en sintonía con la finalidad del congreso, ofrecen un punto de vista innovador e interdisciplinar que explora aspectos menos desarrollados en otros tratados sobre la materia, como son las experiencias de los propios artistas, las redes de clientes o la permeabilidad entre las nociones de profesión y ocio, entre las esferas institucional e informal y entre los conceptos de tradición y modernidad.

El resultado es un volumen que aglutina una considerable variedad de aportaciones, organizadas en cinco bloques temáticos que los coordinadores de la publicación entretujan en el primer capítulo, a modo de sinopsis, a propósito del asociacionismo artístico y cultural promovido en los espacios de ocio y socialización que proliferaron a partir del segundo tercio del Ochocientos.

La formación del artista conforma la primera de estas líneas de investigación que comienza con el trabajo de Esperanza Navarrete Martínez sobre la enseñanza del dibujo en los Estudios Menores impartidos en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid entre 1816 y 1854. Gran conocedora y divulgadora de las fuentes para el estudio de la historia del arte en el archivo de la institución, en esta ocasión la autora traslada la atención, tradicionalmente centrada en la enseñanza profesional impartida a los hombres, hacia la educación artesanal –más que artística– que recibieron las mujeres, hasta que la Orden de 28 de noviembre de 1854 puso fin al Estudio de Niñas. La sección continúa con el ensayo de Aimée Brown Price sobre la figura de Pierre Puvis de Chavannes –Puvis–. La historiadora atribuye la peculiar estética de la obra del pintor a la ausencia de una formación artística “reglada” y teoriza sobre los factores que lo convirtieron en un artista cotizado en su época, aunque menos reputado en la actualidad. Cierra el bloque Óscar E. Vázquez, quien aborda la continuidad de los modelos pedagógicos entre Europa e Hispanoamérica durante el siglo XIX y principios del XX como parte de una investigación más extensa en torno a las diferencias en la producción artística y documental generada a ambos lados del Atlántico. Vázquez toma como pretexto para argumentar su tesis la fabricación y utilización de las mismas herramientas docentes –en concreto, los moldes de yeso–, que cruzaron

fronteras para lograr una producción masiva de copias con una estética aparentemente unificada.

La segunda parte del tomo, desarrollada en torno a la relación entre artistas, clientes y espectadores, se inaugura con la contribución de Maite Paliza Monduate. Especialista en arte, arquitectura, urbanismo e ingeniería de los siglos XIX y XX, la autora ilustra en su ponencia, a través de una meditada selección de obras y procesos, el intercambio cultural y artístico que propiciaron las exposiciones universales celebradas a lo largo de la centuria. Comenzando con la propia arquitectura de los pabellones, pero sin dejar de lado otras facetas creativas y tecnológicas presentes en estos eventos, el texto reflexiona sobre el progreso y la globalización de las artes en un periodo –el cambio de siglo– que se debate entre la tradición y la vanguardia. Por su parte, Inês Coelho Marques y María João Baptista Neto se centran en el cambio de tendencia del mercado artístico y del coleccionismo a través del caso del rey portugués Fernando de Sajonia-Coburgo y Gota, cuya inclinación por la adquisición de obras contemporáneas, en lugar de las de los maestros clásicos, influyó significativamente en el desarrollo y el comercio del arte luso durante el Ochocientos. Jonathan Mallada Álvarez nos traslada al género chico –en concreto a la revista– de la mano de el genial compositor Federico Chueca para ejemplificar la emancipación de la producción artística del XIX respecto a los cánones convencionales, evidenciada, en esta ocasión, por una mayor apertura y libertad compositiva y por su proximidad a un receptor menos elitista. Para concluir esta sección, Jorge Nelson Díaz Castillo nos presenta el caso del arquitecto zaragozano Julio Bravo Folch, cuya trayectoria profesional pone de manifiesto, no solo la nueva relación surgida entre los artífices y su clientela, sino su mutua influencia para la difusión de los nuevos gustos burgueses y, en definitiva, para forjar la imagen de la ciudad contemporánea.

Ester Alba Pagán es la encargada de iniciar el apartado dedicado a los artistas y los espacios de socialización, reivindicando la contribución de los liceos y ateneos en el aprendizaje artístico y en el debate cultural generado durante las primeras décadas del siglo. Lejos de limitarse a esta cuestión general, la investigadora sondea aspectos menos conocidos sobre el asunto, como son la importancia dada al emplazamiento de estos y otros lugares alternativos de expresión, las nuevas formas de relación y difusión libre de ideas o el papel de las mujeres en este intercambio, contadas desde las particularidades del caso valenciano. Continúa María Dolores Cid Pérez, quien, por medio de las epístolas localizadas en el archivo personal de Joaquín Sorolla, destaca la figura de la pintora vallisoletana Marcelina Poncela y, a través de ella, de aquel pequeño grupo de mujeres que lograron con esfuerzo hacerse un hueco en el panorama profesional de la época, exhibiendo su obra en las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes. Prosigue con el tema Mónica Vázquez Astorga, quien pone en valor el papel de los cafés como puntos de reunión artística y debate político –y, por tanto, ocasionalmente también de polarización–, hasta el punto de considerar estos lugares verdaderas “instituciones urbanas” que participaron en la vida social y cultural de las ciudades decimonónicas, tomando como paradigma los locales venecianos. De regreso a nuestro país, María Pilar Poblador Muga rememora los gustos y modas de la época a través de los fastos y arquitecturas efímeras que acompañaron la visita de Isabel II a Zaragoza en 1860. Más allá de su carácter festivo, la crónica sitúa el foco en el escenario urbano, convertido en relato fidedigno de hechos históricos donde la expresión artística se pone, nuevamente, al servicio de la monarquía.

La sección sobre el patrimonio y a la revalorización del arte comienza de la mano de Patrick Lenaghan con un capítulo dedicado a los museos de arte surgidos en Norteamérica a partir de la segunda mitad del siglo XIX. El investigador expone, de forma elocuente, el contexto social y económico de este territorio para justificar las características propias de los nuevos espacios culturales frente a los del viejo continente, al tiempo que destaca la singularidad de la Hispanic Society of America de Nueva York –donde desarrolla su labor como conservador– frente a otras instituciones coetáneas. Por su parte, Antonio Burgos Núñez revisa las formas de representación de los puentes y otras estructuras vinculadas a los sistemas de transporte modernos, especialmente las fotografías que han permitido rastrear la evolución de estos ingenios y comprender las técnicas empleadas en su construcción, sin estar, por ello, exentas de naturaleza artística. A continuación, Daniel Ortiz Pradas ofrece unas pincladas sobre la decoración interior del patrimonio arquitectónico español en relación con el contexto histórico del momento a través de la obra madileña del polifacético autor Arturo Mérida. Los dos últimos capítulos de este bloque hacen hincapié en la pérdida de valores histórico-artísticos que sufrió el país tras superar la mitad del Ochocientos a través de dos hechos acaecidos en sendas capitales castellanoleonesas. La Exposición Histórico-Europea celebrada en Madrid en 1892 sirve de hilo argumental a Julián Hoyos Alonso para denunciar la venta de parte del legado catedralicio palentino, mientras que Juan Escorial Esgueva hace lo propio respecto a la pérdida del patrimonio eclesiástico de Burgos, en especial del arquitectónico – más sensible a los intereses de la burguesía–, sin dejar de señalar la revalorización del pasado que trajo consigo esta circunstancia.

Como colofón, en el último apartado del libro se tratan algunas cuestiones urbanísticas bajo el título “El devenir artístico de las ciudades: la vida y la muerte”. Con esta consigna, Lena S. Iglesias Rouco ofrece un ilustrativo extracto de los trabajos de investigación que en las últimas décadas han logrado componer una considerable historiografía en torno al papel fundamental jugado por los arquitectos al servicio de los ayuntamientos, diputaciones y cabildos en la renovación contemporánea de las ciudades. Además, la catedrática analiza el caso de las centenarias capitales castellananas que tan bien conoce, donde nuestros protagonistas desarrollaron su labor transformadora aunando el sentido originario de estas poblaciones con las necesidades de sus habitantes y las nuevas posibilidades ofrecidas por el progreso tecnológico. Para finalizar, Carlos Saguar Quer reflexiona sobre el cambio de mentalidad e ideales de la nueva sociedad urbana frente a las arraigadas creencias y usos tradicionales a través del análisis de la arquitectura sanitaria de los cementerios madrileños proyectados y construidos a lo largo de la centuria.

En definitiva, la diversidad de los temas tratados, la notable calidad de los textos seleccionados y la abundancia de referencias aportadas conforman una obra de calidad y de gran interés para cualquier estudioso o admirador del arte del siglo XIX y principios del XX, si bien, en contadas ocasiones, se echan en falta imágenes que refrenden las tesis planteadas. En cualquier caso, ello no resta originalidad a la obra, que cumple, de manera satisfactoria, su meta de dar a conocer enfoques alternativos o cuestiones relegadas en estudios más convencionales sobre esta cuestión.

M.ª ALMUDENA FRECHILLA-ALONSO  
Universidad de Salamanca  
[almudena.frechilla@usal.es](mailto:almudena.frechilla@usal.es)